

EL FUTURO DE LA EDUCACION



Por
FERNANDO PARIENTE

Demasiados fracasos escolares

**La educación es
responsabilidad de
todos**

**Condiciones básicas
para mejorar**

**La participación de los
profesores**

**La participación de la
sociedad**

LO peor que tienen las actuales tensiones que estamos padeciendo en el tema de la educación es que no van a la raíz de las cosas, se quedan es aspectos importantes, sí, pero que interesan más inmediatamente a los políticos y no profundizan completamente el problema de fondo de la educación. Además ocurre que estos temas son tan conflictivos que, no sólo nos distraen del verdadero problema sino que además enfrentan a unos profesionales con otros y abren entre todos un abismo que nos impedirá poder interrogarnos juntos sobre los problemas auténticos y tratar de buscarles soluciones.

El nivel de la problemática en que nos movemos ahora puede entrar en vías de solución en unos meses. Es un primer asalto: pero después vendrá otro más duro en el que tendremos que estar todos unidos, codo con codo, si queremos triunfar. La escuela pública neutra, la escuela estatal, la escuela privada, la escuela confesional... y todas las escuelas, tendremos que luchar juntas para elevar la educación al nivel que le corresponde.

Demasiados fracasos escolares

LOS resultados del sistema educativo no son satisfactorios. Sólo un porcentaje bastante pequeño de alumnos consigue al final de sus estudios los objetivos que los programas habían previsto en teoría.

En el camino se producen muchos fracasos... Algunos evidentes: hay alumnos que se quedan en la cuneta, incapaces de llegar al final; otros camuflados: aun cuando lleguen a la meta, bastantes escolares no alcanzan, de hecho, los objetivos propuestos.

Contra lo que pueda parecer, la psicología no justifica tantos fracasos; no es válido decir que los niños fallan, porque no valen, porque carecen de capacidad. Una investigación realizada por Benjamín S. Bloom, en un pasado reciente, demostró que «en condiciones apropiadas, casi todos los alumnos son capaces de aprender todo lo que la escuela tiene que enseñar».

Por tanto los fracasos habrá que achacarlos a que las condiciones no son favorables para todos..., es decir, a que la escuela no funciona bien porque no es capaz de ofrecer las condiciones idóneas; aun cuando la raíz de estos problemas no esté en la escuela, sino también en el entorno cultural de cada niño.

Ese es el gran problema de la educación española y de muchas escuelas del mundo; y ese problema no se va a solucionar ni porque consigamos una verdadera libertad de opción para los padres y los alumnos, aunque ésta sea necesaria, ni porque consigamos la gratuidad real de la enseñanza para todos los niños de España. Ese problema sólo podrá ser solucionado si nos enfrentamos sinceramente con él.

La educación es responsabilidad de todos

QUIEN tiene la culpa de este fracaso? ¿La escuela sólo? ¿Los profesores? ¿Los planes oficiales...? Podemos elucubrar y buscar causas hasta el ámbito más recóndito de la estructura educativa... Al final siempre nos encontraremos con una realidad última: la preocupación de la sociedad, como tal, por la educación está por debajo de lo que las necesidades exigen. Es una cuestión de prioridades: el interés social se mantiene todavía en una discreta mediocridad y el resultado es que la tarea es demasiado grande para el esfuerzo que se pone en ella. Se pide demasiado a cambio de muy poco.

La escuela no puede con la misión que se le encomienda, carece de la financiación necesaria, de los recursos adecuados. No hay profesores suficientes, no existen los medios didácticos en la proporción conveniente: bibliotecas, libros de aula, laboratorios, medios audiovisuales, etc. nuestras clases están atestadas y mal dotadas; muchos profesores están sobrecargados de trabajo, han sido deficientemente preparados, están insuficientemente reciclados y mantenidos en forma, y padecen una situación de falta de recursos económicos que impide la tranquilidad de espíritu necesaria para desempeñar con eficacia su función.

No es sólo el Estado quien tiene la culpa de esta situación. Somos toda la sociedad que valoramos en un nivel muy bajo la importancia de la función social de la enseñanza. No hay por qué hacer comparaciones, pero éstas a veces pueden resultar esclarecedoras. El salario alcanzado en el último convenio por los profesores licenciados a nivel de BUP, en la enseñanza privada, coincidía con el ofrecido por la Empresa SEAT a sus obreros menos cualificados en las últimas conversaciones que acabaron sin acuerdo porque los productores no aceptaron este ofrecimiento; el salario hora de un profesor de EGB es menor que lo que nos cobran en un taller de reparaciones de automóvil por una hora de trabajo. Son datos sintomáticos... nada más que eso.

La función de la docencia está muy lejos de ser mimada en nuestra sociedad. No corresponde, en modo alguno, la capital importancia de la misión que realiza con el apoyo material y moral que recibe. El primer paso, el fundamental que hay que dar para propiciar un verdadero cambio, una profunda renovación educativa, es el de la dignificación profesional de la docencia. En esto estamos muy lejos de llegar a un nivel aceptable.

Por eso el estamento docente se muestra inseguro de sus propias responsabilidades y competencias... y, lo que es peor, de su situación en el engranaje social. Hoy el estado de ánimo normal de un profesor es, en el fondo, de falta de confianza en el «role» que está realizando. Sin embargo, la condición necesaria e imprescindible para que la escuela funcione, en opinión de Agnes Snyder, es, precisamente, «que el profesor tenga una confianza apasionada en la importancia de lo que está haciendo».

Condiciones básicas para mejorar

LOS profesores norteamericanos andan también muy preocupados últimamente por los resultados de la renovación y el cambio de sus escuelas. Algunos proclaman la necesidad de que la escuela vuelva a hacer hincapié en los aspectos básicos fundamentales de la escuela tradicional: la lectura, la escritura y el cálculo. Su lema es «back to the basics»: vuelta a lo fun-

damental. En medio de este debate la revista «Childhood education» publica un artículo en el que se expone qué es lo que algunos profesores consideran como fundamental para la escuela. Sus aspiraciones resultan un punto de referencia adecuado que ilustra con claridad nuestra situación.

La participación de los profesores

■ «Que el profesor tenga voz a la hora de programar los objetivos y de determinar los medios necesarios para conseguirlos».

No es nuestra situación, en este punto, totalmente satisfactoria, aunque ha mejorado en los últimos tiempos. Pero todavía muchos programas oficiales marcan con exactitud lo que se debe hacer y dejan muy poco margen de flexibilidad.

■ «Que el profesor participe en los programas de evaluación».

Aquí el profesor evalúa a sus alumnos, puede participar en la evaluación de su centro, pero difícilmente puede llegar a participar en la evaluación de programas tan generalizados como los nuestros.

■ «Que el profesor tenga tiempo suficiente no sólo para enseñar, sino también para relacionarse con sus alumnos».

He ahí una condición esencial de la educación y el aprendizaje imposible de alcanzar en nuestros centros docentes. El maestro no tiene el «tiempo» necesario para enseñar. Unos horarios cargados de clases y unas aulas atestadas de niños lo impiden. ¿Cómo va a disponer del «tiempo» para relacionarse con los niños, para establecer un contacto que haga más humano el aprendizaje? Necesitamos muchas más aulas y muchos más profesores para corregir la imagen de cuartel que la masificación impone en nuestras escuelas.

■ «Que el profesor disponga de especialistas auxiliares, principalmente psicólogos, asistentes sociales, etc.»

Un hermoso sueño, por lejano, frente a una dura realidad. ¿Qué pueden hacer la mayoría de nuestros profesores frente a los casos difíciles de aprendizaje lento, ambiente familiar inconveniente, etc.? En muy pocos sitios se dispone de estos medios.

■ «Que el profesor tenga la oportunidad de dedicar tiempo junto con otros profesio-

nales de la transmisión de la información para la preparación de planes y programas».

De puro lejano, parece una afirmación fuera de lugar, no nos hemos imaginado que la puesta al día continua del profesor pasa también por compartir experiencias y razones con profesiones como las de publicista, periodista, etc., y que la escuela abandonada a sí misma y a su pobreza, va quedándose en sus métodos vieja y atrasada. ¿A nadie le extraña que posea mejores técnicas de persuasión un vendedor de lavadoras que un educador?

■ «Que el profesor participe asiduamente en congresos profesionales que le acercan a nuevos puntos de vista, nuevas técnicas y nuevas ideas».

Quizá no haya profesión más necesitada de estos encuentros sistemáticos que la docencia. La medicina, por poner un ejemplo, avanza de este modo y se renueva. Pero no hay prácticamente congresos de docentes. Solamente algunos cursos o cursillos para aprender determinadas técnicas nuevas. Esta falta de un sistema generalizado de intercambios de ideas y de experiencias no es más que una consecuencia de la pobreza endémica del sector.

■ «Que el profesor esté plenamente informado de los proyectos de cambio que afecten a los programas escolares».

No se cumple suficientemente algo tan elemental.

■ «Que el profesor disponga de las facilidades necesarias y del espacio conveniente para trabajar».

La economía impone restricciones insalvables.

■ «Que cuente con la ayuda necesaria para realizar los aspectos rutinarios y burocráticos de su función: mecanografiar programas, listas de clase, rellenar boletines de notas, etc.»

■ «Que tenga fácil acceso al personal que atiende los centros de recursos».

Eso quiere decir que la biblioteca tiene que ser viva; tiene que disponer de medios audiovisuales: máquinas de cine, proyectores, magnetófonos, etc., y que el profesor debe tener a su disposición a los técnicos que se ocupan del mantenimiento de estos instrumentos.

■ «Que el profesor tenga tiempo para pensar en lo que hay que hacer y para planificar cómo hacerlo».

Volvemos otra vez a enfrentarnos con la realidad de una pésima proporción profesor-alumno en nuestro sistema educativo. Demasiados alumnos, significa, demasiadas clases, que impiden una atención y una planificación adecuada.

■ «Que se anime al profesor y se le ofrezca la oportunidad de ensayar diferentes estrategias para conseguir los objetivos del programa».

Una consecuencia del tiempo de reflexión y de investigación es la necesidad de la renovación y el cambio. Las condiciones de flexibilidad y apertura son necesarias para que se pueda producir... y al mismo tiempo supone el clima de intercambio y comunicación profesional, del que se hizo mención más arriba.

■ «Que al profesor sólo le sean asignadas responsabilidades para las que esté profesionalmente preparado».

No siempre se ha cumplido en España este presupuesto. Durante algún tiempo porque la escolarización acelerada en toda la población infantil, la elevación de la edad de la enseñanza obligatoria y la nueva estructuración de la educación básica lo exigió así. Pero estas circunstancias transitorias no explican una insuficiente preparación en general del profesorado en aspectos didácticos básicos... Ni tampoco una selección inadecuada de los candidatos, que tiene su raíz más profunda en la escasa consideración social y económica de la profesión.

■ «Que el profesor tenga libertad para decir «no» ante presiones que intentan forzarle a realizar cambios o elegir materiales que no estén de acuerdo con los objetivos del programa o que le impiden aprovechar otros medios mejores».

Es decir, que el objetivo educativo sea prioritario sobre otras conveniencias circunstanciales, como ciertas presiones comerciales en la elección de medios didácticos. El problema de los libros de texto puede resultar ilustrativo en este aspecto.

■ «Que la opinión del profesor cuente también para la selección de las personas que ocupan los puestos de liderazgo en la escuela».

Que el compartir las responsabilidades lleve también a participar en las tareas de dirección. La escuela es una comunidad educativa y debe funcionar como tal. Por eso, aunque las funciones de dirección son funciones técnicas, no políticas, y por tanto, los directivos no tienen por qué ser elegidos democráticamente, ni de hecho lo son en la mayor parte de las escuelas del mundo, sin embargo el estamento docente como tal debe participar claramente en el proceso y compartir las responsabilidades de la dirección.

La participación de la sociedad

EL testamento no intenta ser exhaustivo: algunos aspectos pueden haber quedado marginados a pesar de su importancia, pero es un marco comparativo idóneo. A su luz aparece claro que nos falta mucho para obtener más condiciones adecuadas que faciliten la posibilidad de cumplir la enorme tarea que la docencia tiene sobre sus espaldas. Tenemos un vehículo demasiado pequeño para transportar una carga tan pesada. Todavía gastamos muy poco dinero, comparado con lo que realmente se necesita, para alcanzar las metas que están propuestas. Nuestro sistema docente falla, y falla bastante, pero sus resultados son acordes con los recursos que invertimos en él. No fallan los profesores, ni los niños... falla la sociedad.

Si queremos una educación que cubra todas las necesidades sociales, una educación que mejore de calidad, una educación que evite tantos fracasos escolares, una educación que encauce y oriente a los alumnos, una educación que descubra sus valores personales y los potencie, necesitamos invertir en ella unos recursos más abundantes en potencial humano y en dinero.

La sociedad tiene que caer en la cuenta de que la función de educar es una de las funciones más trascendentes de la vida social y valorar la dedicación de acuerdo con esa trascendencia. Todo seguirá por mal camino mientras la comunidad valore más, de hecho y con los dineros por delante, al ingeniero que construye un automóvil (aunque las comparaciones son odiosas) que al profesor que educa a unos niños.